

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE REGREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre* (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco. — *! Otoño*, poesía, por María del Pilar Sinués de Marco. — *Deberes de la mujer*, por D. Eusebio Blasco. — *El lucero de la tarde* (conclusion), por doña Enriqueta Lozano de Vilches. — *Un brazalete falso* (conclusion), por H. — *Teatros*, por una madre familia. — *Explicacion aplicacion del figurin de modas*, por Pamela. — LÁMINA. — Un figurin.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.
PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XXVIII.

LA CONDESA A JUAN BAUTISTA.

Castillo de Montemar, setiembre de 18...

He recibido, señor Juan Bautista, la carta que me dirige, y le confieso que su contenido no me ha causado ninguna sorpresa.

Sé, por la señora Mariscalá, el amor de V. á mi hija: pero, como ella, he creído que solo era un capricho lo que V. sentia hácia mi pobre Mélida, que dista mucho de ser bonita, y que solo tiene en su abono un bello y noble corazon.

Ahora bien, amigo mío: veo por su carta que lo que V. siente es un amor verdadero, grave, á su parecer, y que le hace desgraciado: pero ¿será posible que ese afecto no ceda á la reflexion, y sobre todo, al pensamiento de la infelicidad de mi hija?

Mélida es muy jóven, y V. lo es tambien: ¿por qué no esperar algunos años, para ver si ese fuego se apaga, ó si se arraiga mas profundamente?

Ya vé V. que no hablo de la diferencia de clases: V. es honrado, sus padres lo son tambien; aun sin acabar su carrera, tiene lo bastante para darle una medianía decente y nada mas deseo: los gustos de mi hija son, ademas tan sencillos, que la harán contentarse con

Pero ¿ha reflexionado V. en lo penoso que ha de ser para mí el dársela contra el gusto de toda su familia de V.? ¿Qué hará mi pobre hija entre sus padres de V. y su hermano, que le son hostiles? ¿con quién tratará que la tienda? ¿qué amistades, qué afecciones habrá que llenen el vacío de su existencia en esta aldea, donde habrá de vivir una parte del año?

Por todo pasaria, si sus padres de V. no se manifestasen tan enemigos de mi clase. Mélida tambien está triste, y creo que piensa en usted, pero es un mal que me desconsuela y para el que no hallo remedio.

Y despues, pobre jóven, V. no ha llegado aun á la edad en que se puede ser buen marido: no sabe V. el tacto que un esposo necesita para ser amado siempre y constantemente por su mujer: la vida doméstica es en sí tan prosaica, que hay que embellecerla con mucha ternura y con muy esquisita educacion: Mélida es delicada como una sensitiva: de nada se quejará: pero cesará de amar á V. si no es lo que ella creia y lo que tenia derecho á esperar.

La antorcha del amor conyugal no puede arder débilmente: ó derrama su luz á raudales, ó se estingue poco á poco.

He sido desgraciada, cuya circunstancia me ha hecho reflexionar mucho en los sucesos: y en mis largas meditaciones me he dicho siempre que, de todos los extravíos de las mujeres, tienen la culpa sus esposos por la soledad moral en que las dejan.

¿Y es culpa de ellos el hastío que los domina al año de estar casados?

¡No! la culpa es de los cuidados de la vida, que alejan todas las ideas bellas, y rodean lo presente y lo futuro de negras sombras.

Las pobres mujeres se preguntan qué se hizo el amor que las profesaban, y qué es lo que han hecho para perderle: ¡y no saben darse ninguna contestacion!

Otras veces, es la esposa la primera que se manifiesta indiferente, es la primera que

30 DE SETIEMBRE DE 1864.

P. CO.

Año I.—Núm. 36.

hace presa el fastidio: no sabe lo que siente, y su corazón se hiela, y las bellas prendas del hombre á quien amaba desaparecen, quedando solo sus defectos: ¿cómo romper el lazo fatal que la ahoga? ¡Solo lo puede desatar la muerte y la desea para librarse de él!

Tal vez, bueno y honrado Juan Bautista, hallará V. exagerada esta pintura del matrimonio: y, sin embargo, esta es la verdad: la verdad, cubierta algunas veces con las buenas formas con que el mundo encubre todas sus miserias.

¡Cuántos dolores silenciosos pasan por nuestro lado sin que los adivinemos! No quiera usted, pues, aumentar el número de los desgraciados: el hombre, en tanto que es libre, nunca se puede llamar infeliz solo comienza á sufrir el día en que pierde su libertad: V. me dice que ha luchado con ese amor como si fuera un enemigo formidable; aun es necesario que luche V. algo mas, para ver si logra vencerle.

En último caso, es preciso que yo pueda conocer á V. á fondo, y que Mélida y V. se agraden en su trato; ¿quién sabe si hallarán algun defecto donde solo han encontrado perfeccion? ¿quién sabe si perderán sus ilusiones?

Por lo que hace á su destierro, no ha acudido V. á mí en vano: el señor cura servirá de mediador entre V. y sus padres, pues ya puede usted considerar que á mí no me es dado hacer nada directamente á favor de su vuelta: una vez aquí, todo se arreglará de un modo ó de otro y le aseguro que seré dichosa si es satisfactoriamente.

Como quiera que sea, cuente V. con la estimacion que me inspiran las bellas prendas de usted, entre las que es, para mí, la mas recomendable, el respeto que profesa á sus padres.

Es de V. S. S. Q. B. S. M.

LA CONDESA DE CAMPOVERDE.

(Se continuará).

MARÍA DEL PILAR SINGÉS DE MARCO.

EL OTOÑO.

Venid á resbalar sobre mis sienes,
Aladas brisas de perfumes llenas,
Y refrescad la frente enardecida
Que busca inspiracion, triste é inquieta.

Las abrasadas horas, que se huyeron,
Su fuego inocularon en mis venas,
Y, fatigando al alma, la dejaron,
A fuerza de sentir, cansada y yerta.

En ella imprime el ardoroso estío
Su vivo soplo y su candente huella,
Mas se rinde á letárgicos ensueños
En los últimos días que nos quema.

Por eso son rocío de mi mente
Las brisas del otoño lisonjeras,
Y un inmenso placer transmite al alma
El triste ruido de las hojas secas

¡Ah! ¡Con cuánta emocion veo los campos
A la luz del crepúsculo. que, incierta,
Se va escondiendo tras los altos montes
Mientras luceros mil bordan la esfera!

¡Con cuán dulce placer oigo los cantos
Del pobre labrador, que, ya sin penas,
Guía en el trillo los cansados bueyes
Y vé al fin compensadas sus tareas!

A mí me es grato en el jardín frondoso
El contemplar las flores postrimeras,
Cuyos perfumes son mas penetrantes
Y su vida tambien mas duradera.

Me es grato, entre los árboles del bosque,
Buscar el tronco de la encina vieja
Do la tórtola anida sus hijuelos
En su lecho de grama y hojas secas.

Me es grato ver en murmurante lluvia
Como vierte la fuente blancas perlas
Que dan riego á las ténues yerbecillas
Que brotan, cariñosas, en sus grietas.

Y me es grato tambien ver en los cielos
Plomizas nubes que, de nieve llenas,
El aterido invierno nos anuncian
Rodando presurosas por la esfera.

¿Qué importa que el otoño melancólico
Mi juvenil espíritu entristezca,
Si el corazón es todo sentimiento
Y esencia de mi ser es la tristeza?

¿Qué importa que sus nubes simbolicen
El otoño fugaz de la existencia,
Si, tras las nubes de la humana vida,
Dios nos guarda en el cielo gloria eterna?

¿Qué importa que en las hojas de los árboles,
Que por los aires, desprendidas, vuelan,
La imagen de mis muertas ilusiones
Para mí porvenir acaso vea?

¡Ah! Nada. Que yo admiro del Eterno,
En cuanto existe, la potente diestra,
Y esta estacion tambien, cual la pasada,
Está de encanto y de emociones llena.

Yo colgaré mi lira de los árboles,
Que el viento ha desnudado en la pradera,
Y, al herirla las brisas del octubre,
Canciones es dará, dulces y bellas.

Y cuando goce el sueño el mundo todo,
Fatigado tal vez de sus cadenas;
Cuando el grave silencio de la noche
Apague los rumores de la tierra;

La voz de la cantora hasta los cielos
Libre se elevará, pura y serena,
Para decir á Dios:—¡Rey de los mundos,
Tu sabia creacion bendita sea!—

MARÍA DEL PILAR SINDÉS DE MARCO.

DEBERES DE LA MUJER.

I.

Una mujer de gran talento,—madama Stael,—ha dicho que el ser mas noble es aquel que ha de cumplir mayor número de deberes.

La mujer está destinada á cumplir tantos, que, siguiendo la observacion de la célebre escritora, no dudamos en calificar á la mujer del ser mas noble que alienta sobre la tierra.

Esta opinion encontrará, de fijo, muy pocos adeptos.

La pícara fama, que goza el bello sexo, es grande parte a que todos, crédulos é incrédulos, cándidos y avisados, ignorantes y sabios, altos y bajos, hagan coro á ese inmenso clamoreo que de todos los paises se levanta en contra de la mujer de todas las naciones. Mis lectoras habrán de perdonármelo; pero no puedo faltar á la verdad histórica. En todos los tiempos, los escritores todos, con muy raras escepciones, han tratado de probar al género humano que la mujer, sino es un mónstruo de maldad, le falta poco para serlo.

Y mientras tanto que esto ha sucedido, las mujeres de todos los tiempos han sonreido desdenosamente al escuchar las palabras de los mas celebrados ingenios, ó lo que es lo mismo, han comprendido que el mas cruel de los escritores detractores del sexo bello, era muy capaz de poner su pluma, su corazon, su vida y su hacienda á los pies de una mujer hermosa.

Esto era comprender la situacion, como dicen los políticos de nuestros dias. Pero no era obrar en calidad de seres nobles.

Estaban destinadas á cumplir gran número de deberes, pero ordinariamente no los han cumplido. Madama Stael podrá tener razon, y yo podré no tenerla al aplicar á mi gusto las palabras de la escritora francesa.

Suele decirse que la mujer es todo misterio,

y suele añadirse tambien que en serlo estriba su triunfo.

Suele decirse que en la mujer todo es arte, y que en ella el corazon acostumbra á estar en la cabeza.

A lo primero puédesse responder que donde hay alma, allí hay un misterio que solo Dios comprende. A lo segundo, los médicos responderán mejor que nadie.

Se ha dicho, por último, que la mujer no comprende sus deberes, ó que los comprende y no cumple con ellos, ó que los cumple sin comprenderlos.

Y hé aquí el objeto de estas observaciones.

II.

La mujer es débil; ¿quién pudiera negarlo?

La debilidad es casi su cualidad característica. Y por mas que su poder llegue hasta el estremo de quebrantar con el pié la cabeza de la serpiente, como nos asegura la Biblia, es lo cierto que la mujer no tiene valor ni para combatir con una lagartija.

Carece de fuerza, y el hombre podria vencerla fácilmente en el terreno fisico.

Ha necesitado, pues, crear una secta, una especie de religion que, desde los primeros tiempos del mundo hasta la fecha, se ha ido agrandando á medida que la civilizacion ha ido adquiriendo mayor desarrollo.

La *galanteria* existe, y se respeta con escrupuloso cuidado por el hombre. La galantería ha sido la secta, la religion que la mujer ha enseñado al hombre. Le ha vencido, pues, en el terreno fisico sin necesidad de luchar con él cuerpo á cuerpo.

En cuanto á fuerza moral, la mujer sabe muy bien á qué atenerse.

El hombre es el que dá el tono á las sociedades. La mujer lo sabe. Sabe tambien que el hombre no puede vivir sin ella. Sabe asimismo que la maña es capaz de mucho mas que la fuerza; y ha suplido la fuerza con la maña. El hombre no ha podido dar el tono á las sociedades sin decirle á ella:

—Esto que yo hago, lo hago por tí; ¡qué hermosa eres!

La mujer ha oido que la llamaban hermosa y se ha envaneido.

Ha hecho mas. Ha hecho de su hermosura un arma poderosa para vencer por completo al que miraba ya casi vencido á sus pies; y se ha engalanado.

Aquí principia la lucha.

De un lado, la debilidad encubierta con la maña; de otro lado, la fuerza contenida por la galantería y la seduccion y la mentira conducentes al triunfo.

De un lado, los halagos, los atractivos, la superficialidad, las caricias, el llanto, el cuidado solícito.

De otro lado, la necesidad del triunfo, el arte del engaño.

—Yo,—dice el hombre,—lo soy todo, lo puedo todo, lo sé todo, lo quiero todo, lo domino todo. Por tí trabajo, por tí me apeno, por tí vivo, por tí muero. Sé mi esclava.

—Yo,—dice la mujer—soy algo, puedo bastante, no domino en nada. Por tí sonrío, por tí suspiro, por tí sufro dolores, por tí vierto el llanto á rau dales. Adórame y seré tu *compañera*.

El hombre ha reflexionado. Se ha disfrazado de *sociedad*, y ha dicho variando de tono:

—Muy bien, *señora*... Pero usted tiene que cumplir muchos deberes.

Y en seguida le ha hablado de mujeres buenas y de mujeres malas. Le ha probado que en todos los tiempos las malas han sido mas que las buenas, y le ha exigido que sea modelo de virtudes.

Si la mujer ha querido hacer idéntico cálculo, el hombre le ha dicho:—Yo soy el fuerte, tú eres la débil.—Si ella ha preguntado ¿y por qué? El le ha dicho que así lo dispuso Dios. La mujer ha sido siempre mas religiosa que el hombre, y, al oír esto último, ha callado.

Ha querido cumplir con los deberes que la *sociedad* le imponía; pero ha sufrido mucho al ver que el hombre no cumplía con los suyos. La idea de que *estaba escrito* que ella debía ser la débil, la ha obligado á callar, en todas ocasiones.

Y el hombre ha seguido haciendo de las suyas.

III.

Ahora bien; ¿cuáles son los deberes de la mujer?

Son tantos, que cerca están del infinito. Ellas van á servirnos de materia para un libro.

Un escritor contemporáneo ha dicho, que la moral de la mujer ha de ser inflexible.

Y una vecina mia, dice que á la mujer todo le está bien.

Por mi parte, hé aquí la idea fundamental de mis observaciones.

Ni tanto, ni tan poco.

(*Se continuará.*)

EUSEBIO BLASCO.

EL LUCERO DE LA TARDE.

(*Conclusion.*)

Mas Dios, que vela sin cesar por el inocente;

Dios, que castiga siempre al culpado, no podia dejar impunes los delitos de aquel hombre, ni consentir que pereciera asesinada por él aquella tierna criatura, cuya alma no se habia manchado aun con una sombra de culpa.

El mismo delirio de Mendoza, el insensato afán que le guiaba, oscurecieron sus ojos, y al estender el brazo para sujetar á Rosa, su pié se apoyó en una piedra que rodó bajo él, haciéndole perder el equilibrio y caer al precipicio.

Una exclamacion angustiosa se escapó de sus labios, é hizo volver los ojos á la jóven, que exhaló á su vez un grito de espanto.

La pendiente por que rodaba Adrian era profunda y espantosa; el abismo en que terminaba era horrible.

Mendoza, desencajado y anhelante, habia dirigido una angustiosa mirada al fondo, y viendo su muerte segura, habia hecho un esfuerzo supremo, asiéndose con violencia de las ramas de un arbusto que crecia en medio del declive de la montaña.

Allí se detuvo un instante. Sus crispados dedos se agarraban cada vez con mas fuerza al débil tronco que le sostenia, y miraba con un espanto indescriptible el abismo sobre que se balanceaba.

D. Alonso, clavado en su puesto, contemplaba desde lejos aquella terrible escena, aterrado y sin aliento.

Pablo apresuró el paso, para si era posible llegar á tiempo de ayudar á aquel infeliz.

Luisa se cubrió el rostro con ambas manos por no ver lo que iba á pasar.

Mendoza, con los ojos desencajados y los cabellos erizados sobre las sienes, sentia que le faltaban las fuerzas, y su razon se estraviaba, y su vista se oscurecia.

Quiso ensayar á invocar á Dios, pero aquellos labios, que no habian orado nunca, no hallaron una sola plegaria ni una palabra de arrepentimiento y de súplica.

Al fin el arbusto que le sujetaba empezó á ceder bajo el peso de su cuerpo; la cabeza de Adrian, trastornada y enloquecida, sintió un devanecimiento terrible; la rama que le sostenia crugió, produciendo un sonido lúgubre y vibrante; y aquel desgraciado, sujeto aun con violencia á ella, cayó nuevamente, descendiendo un instante despues al fondo del precipicio.

D. Alonso le siguió con una mirada suprema y estraviada, y pudo ver un espectáculo horrible y aterrador.

La cabeza de Adrian, hecha pedazos contra las rocas, descansaba ensangrentada y sin vida entre las piedras y los espinos silvestres.

Rosa, espantada y medio loca de horror, vaciló un instante, y acaso hubiera caido tambien arrastrando á la niña con ella, si Pablo, que ya

habia llegado á su lado, no la hubiera cogido en sus brazos.

Luisa se habia desmayado.

CAPÍTULO XVI.

Un año habia trascurrido despues de los sucesos que acabamos de referir: á su influjo se habian enjugado todas las lágrimas, se habian calmado los dolores que ocasionaron á aquella triste familia.

D. Alonso, usando de los derechos que le concedia su alto destino, habia terminado la causa seguida por la muerte del señor de Herrera, sepultando en el mas absoluto silencio la parte que su hijo habia tenido en ella.

Mendoza habia aparecido como culpable, y una vez muerto este, la justicia nada tenia que hacer.

Julio, al saber el desastroso fin de su amigo, se habia arrojado á los pies de su padre pidiéndole su perdon, y solo pudo obtenerle despues de muchos dias de anhelantes súplicas.

Sin embargo, el joven habia jurado hacerse digno del amor y de la perdida confianza de su padre, y decidido á poner un abismo insondable entre él y lo pasado, habia adoptado una resolucion enérgica y terminante.

Las demás personas, de que hemos hablado en nuestra historia, habian vuelto á hallar la paz y la dicha, porque á todos los males, á todas las agitaciones de la vida, les ha puesto Dios un calmante en la helada mano del tiempo.

Era, pues, una hermosa y apacible tarde de octubre.

La naturaleza no se habia despojado aun de sus galas para vestir su sombrío traje de invierno, y aun conservaba algunas flores para adornar á las lindas muchachas, que ataviadas y alegres se dirigian al molino de las Cruces, desde todas las aldeas y alquerías inmediatas.

Aquella misma noche se efectuaba en él una boda, siendo padrinos unos de los mas ricos señores de la poblacion, y Diego, padre del novio y tío carnal de la novia, queria que la fiesta y el baile que celebrasen aquellos desposorios, hiciesen ruido en todo el país.

Escusado nos parece decir que los futuros esposos eran Rosa y Andrés, y los que les protegian y querian presidir su union, eran Luisa y Pablo, que, dueños de un caudal considerable, habian dotado espléndidamente á la graciosa molinera.

Todo estaba ya dispuesto, y Rosa, vestida lujosamente y luciendo en su preciosa garganta un rico collar de perlas, regalo de su madrina, acompañada de Andrés, se dirigia al altar, donde recibieron radiantes de dicha y esperanza la anhelada bendicion nupcial.

Quando ya habian vuelto al molino y llenos de regocijo se disponian á empezar el baile, Andrés reparó en una hermosa y fresca rama de mejorana que su joven esposa habia prendido á sus cabellos.

—Ahora, la dijo sonriendo, ahora no me pondrás un plazo cuando te pida esa flor.

—No te quejes del que te marqué, contestó ella con amor: á esta idea debemos nosotros nuestra ventura, y nuestros bienhechores tambien. Sin ella, acaso nunca se hubiera justificado D. Pablo, y la señorita hubiera muerto de pena.

—Es verdad, murmuró Luisa que se habia acercado seguida de Cisneros, es verdad; si vosotros nos debeis una cómoda existencia, nosotros os somos deudores de nuestra paz. ¡Oh! siempre que unos y otros miremos aparecer en el cielo ese brillante astro, que preside en la tarde la despedida del dia, saludemos su esplendor bendito, iris para nosotros de calma y felicidad.

Entre tanto un hombre solo, cubierto con el hábito de San Bernardo, subia todas las tardes á la torre del convento de Irache y pasaba algunas horas contemplando el sitio donde cometió la falta, que expiaba con una austera penitencia.

Era Julio; desde allí veia tambien el camino de las ruinas de la capilla donde Adrian habia perecido, castigado sin duda por la mano de Dios.

Entonces, recordando sus pasados delirios, que tantas penas le ocasionaron, bendecia la mano del Omnipotente que le habia conducido al cláustro, puerto bendito y tranquilo, en cuyos muros se estrellan las furiosas olas de las tormentas de la vida.

Dábale gracias tambien porque le habia hecho conocer sus errores, y si alguna vez, al ver hundirse el sol en su ocaso, dirigia su vista al cielo, sentíase lleno de una ardiente esperanza, creyendo encontrar la mirada de Dios fija sobre él, cuando el lucero de la tarde derramaba sobre su frente sus celestes y trémulos fulgores.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.

UN BRAZALETE FALSO.

(Continuacion).

—¿Pero está V. loco?

—No señor: es lo que vale.

—¡Setenta francos!

—Ya sabe V., caballero, que en tales casos se paga tambien la precipitacion.

—¡Hombre, V. se equivoca!

—Aseguro á V. bajo mi palabra que no le llevo ni un céntimo de mas.

El marqués miraba al artista sonriendo y con cierto aire de compasion.

—¿Conque setenta francos por un diamante como este, por montarle y por componer la abolladura?

—Sí, señor; es poco mas de lo que importa el trabajo del operario.

—¿Y vende V. muchos á ese precio?

—¿Por qué, caballero?—preguntó el artista un poco amostazado por las preguntas, y el tono burlon del aristócrata.

—Porque yo le compraria á V. unas cuantas docenas.

—Las que V. guste.

—Pero, santo varon, ¿va V. á venderme por setenta francos ese diamante, cuando yo he pagado quince mil francos por el brazalete? ¿Está usted borracho?

El joyero cogió la alhaja precipitadamente, creyendo haber padecido una alucinacion, y la examinó á la luz.

—No, señor,—dijo volviendo á colocarla en manos de su propietario—no estoy borracho, ni creo que haya V. pagado esa cantidad por ese brazalete.

—Hace un año, en Bruselas, en casa del joyero Hierment.

—Pues le engañaron á V. miserablemente, caballero. Esta joya no vale trescientos francos. Los diamantes son imitacion en cristal de roca bien hecha, sí, pero ni mas ni menos que el que yo acabo de ponerle.

—¿Falsos estos diamantes?

—Sí señor.

—¡Hombre, cuando digo que no está V. en su juicio!

—¿Quiere V. convencerse?

—¡Pues no he de querer!

El joyero hizo llamar á un cólega vecino.

—¿Cuánto cree V. que vale este brazalete?—le preguntó.

—De trescientos cincuenta á cuatrocientos francos.

El marqués se puso pálido como un difunto. Estaba seguro de que el brazalete comprado por él en casa de Hierment, de Bruselas, era de buena ley, y ahora se encontraba con diamantes falsos. Dos pensamientos cruzaron entonces por su imaginacion: ó se los habia cambiado el joyero, cosa muy poco probable en razon á que no tuvo ni el tiempo que se necesita para semejante operacion, ó su esposa Luisa.....

El joyero adivinó en parte su pensamiento y se apresuró á decirle:

—Caballero, nuestra casa no es academia de juego de cubiletos, ni tenemos costumbre de hacer suplantaciones de esa naturaleza.

El jóven marqués pagó los setenta francos, tomó el brazalete y se dirigió á su casa á toda prisa.

—Vengo—le dijo á su esposa—de casa de la generala y he recogido tu brazalete.

—¿Y por qué te has incomodado en ir tú mismo? Yo mandé esta mañana á Tomás y le dijeron que habias estado allí.

—¡Toma! ya ves que nada le ha sucedido y que no tenias razon en apurarte.

—¡Ay! ¡cuánto me alegro!

Mientras tanto el marqués aparentaba examinar con atencion la malhadada joya.

—¿Sabes, Luisa, que se me figura una cosa?

—¿Cuál?

—Que este no es el brazalete que yo te regalé!

La jóven marquesa de Z... se puso pálida y respondió con una voz insegura:

—¡Qué aprension! ¿pues cuál habia de ser?

—Te diré,—continuó su esposo mirándola fijamente,—el engarce es el mismo; pero estos diamantes son falsos.

La palidez de la marquesa se cambió en una tinta rojiza de las mas subidas.

—¡Falsos!, ¡qué locura!

—Tan falsos, Luisa, que lo sé por el mismo joyero que acaba de componérmele.

—¡Ah! perdóname, Julio! pero...

—¿Pero, qué?

—Necesité hace dos meses diez mil francos y no atreviéndome á pedírtelos...

—¡Diez mil francos! ¿y para qué, hija mia?

—Para pagar una cuenta á la modista..... la cual me amenazaba con llevarme á los tribunales.

—Sigue.

—Y entonces...

—Vendiste los diamantes que *deseabas conservar como un recuerdo mio*, sustituyéndolos con pedazos de cristal.

Luisa de Z. inclinó la cabeza.

El marqués abrió el balcon y tiró el brazalete á la calle.

—Señora, dijo: otra vez, cuando necesite usted dinero, no tema usted nunca pedirsele á su marido, pero no se degrade V. llevando alhajas de relumbron.

El resultado de esta escena fácilmente se comprende. El lujo ha separado á dos amantes esposos, pero los amigos de entrambos conspiran para volver á unirlos y es de creer que lo conseguirán.

H.

TEATROS.

No es ya animacion lo que se ha desplegado en los teatros; es un movimiento que pone en un compromiso á quien, como nosotros, trata de seguirle paso á paso para dar cuenta á nuestras benévolas lectoras de cuantas novedades nos ofrecen.

Raro es el día en que los carteles no nos anuncian una primera representacion; y hay que contar con que todavía no han abierto sus puertas el teatro Real, para el que se dan cita los *dilettanti* á fin de admirar á la Penco y á la Patti, y la elegancia y la riqueza para lucir sus trajes y sus adornos, y el teatro de Variedades, donde la aparicion del eminente actor Julian Romea, restablecido ya felizmente de su larga y penosa enfermedad, ha despertado el entusiasmo de los amantes de la literatura dramática que preparan una justa y brillante ovacion al admirable artista, en quien aquella ha tenido y tiene todavía tan sublime intérprete.

Pero volvamos á lo que es y dejemos para su día lo que será, que harta tarea, por cierto, tenemos con lo primero si hemos de consignar siquiera los títulos de las obras que en la última quincena han ido apareciendo.

Y en verdad que, con alguna rara escepcion, no merecen otra cosa, atendida su escasa importancia.

En el teatro de Jovellanos se han estrenado sucesivamente:

Don Felipe, comedia en cuatro actos, arreglada del francés por el Sr. Retes.

El bufon de S. A., zarzuela en dos actos arreglada por el Sr. Bustillo de otra comedia francesa, traducida ya hace muchos años, con el título de *El Dómine consejero*.

Un tenor modelo, comedia en un acto arreglada del francés por el Sr. García.

Y, por último, *¡Propósito de mujer!* zarzuela en un acto, escrita por el Sr. Alvarez sobre el pensamiento de la ópera *Betty* y ajustada á la misma música de *Donizetti*.

Ante tan larga série de arreglos, y con la perspectiva de los que se anuncian, no podemos menos de lamentar la preferencia que las empresas, y en particular la del teatro de Jovellanos, suelen dar á las obras traducidas sobre las originales.

No creemos que esa preferencia nazca de la falta de estas, en cuyo caso tendria alguna disculpa; de todos modos, la persona que haya tratado de conocer el estado de nuestra literatura dramática por los carteles del teatro de Jovellanos, desde que ha abierto sus puertas, habrá formado de ella una idea harto mezquina, que está lejos de merecer.

Otros males de no menos trascendencia sur-

gen necesariamente de esa continua exhibicion de las obras francesas.

Nuestras costumbres distan mucho, por fortuna, de parecerse á las del público para que han sido escritas, y aun cuando algunas veces lo que á él le divierte nos hace reir tambien, nosotros nos reimos, como ha dicho con tanta razon un distinguido crítico, á costa de la decencia, á costa de la moral, y esta es la risa mas triste de cuantas pueden resonar en el teatro porque permite á un autor lo que á cualquiera, en una casa honrada, le serviria de pasaporte para la calle.

No todas las obras que, hemos enumerado, merecen esta censura.

La comedia *Don Felipe* se verá siempre con gusto, aunque el asunto no ofrece novedad alguna, y el arreglo hecho por el Sr. Retes, si bien no debe en vanecerle porque el Sr. Retes es un buen poeta, debe contentarle porque está hecho con algun acierto.

En la ejecucion de esta obra se distingue el señor Guerra.

No conocemos la zarzuela últimamente estrenada con el título de *¡Propósito de mujer!* pero el éxito que ha obtenido ha sido muy bueno, habiendo alcanzado la mas lisonjera acogida, la señora Ortoneda y el Sr. Prats, que han hecho con esta obra su primera salida.

En el teatro del Circo se han estrenado tres zarzuelas en un acto: la una se titula *Rescate y esclavitud*, original del Sr. Ramiro y puesta en música por el Sr. Alonso: su éxito ha debido dejar poco satisfechos á sus autores.

La otra zarzuela se titula *Batalla de amor*, y es debida la letra á la pluma del Sr. Rivera y la música á la del Sr. Inzenga: aunque el asunto de esta obrita carece de novedad, es digna, por la forma y por la música, de la buena acogida que el público le ha dispensado.

La tercera zarzuela es otro arreglo del francés hecho por el Sr. Larra: titúlase *Una revancha* y la música pertenece al Sr. Campo. Es un bonito juguete escrito con mucha facilidad que ha sido muy bien recibido del público y ha proporcionado algunos aplausos á la señorita Montañés y al señor Obregon.

El teatro del Príncipe sigue atrayendo á una numerosa y escogida concurrencia que acude á saborear las bellezas de la magnífica comedia del inmortal Calderon titulada *Dar tiempo al tiempo*. Agudeza en los chistes, profundidad en los pensamientos, delicadeza en las imágenes, exacto conocimiento del corazón humano; todo esto se admira en esa obra que pertenece á la floreciente edad de oro de nuestra literatura clásica y con la cual ha inaugurado sus tareas la compañía del teatro del Príncipe.

En la ejecucion se han esmerado la señora

Diez y los señores Catalina (D. Manuel), Fernandez y Pizarroso.

La pieza en un acto que siguió á la comedia *Dar tiempo al tiempo* es otro arreglo del francés hecho por el Sr. Retes, y solo puede pasar como un fin de fiesta.

El teatro de Novedades inauguró su temporada con un drama del Sr. Eguilaz titulado, *La Payesa de Sarriá*, estrenado en Barcelona hacia algunos años. Este drama tiene el mismo corte y hasta algunas situaciones idénticas á la *Vaquera de la Finojosa*; sin embargo, la *Payesa* es muy inferior á la *Vaquera*: no hay en aquella tanta espontaneidad, y en medio de las bellezas que contiene, que no son pocas, se ven algunas extravagancias y casi siempre al autor luchando con la necesidad de llegar á un punto determinado, como lucha un poeta novel á quien le dan catorce pies forzados para hacer un soneto.

La numerosa concurrencia que asistió á la primera representacion de la *Payesa de Sarriá*, aunque condenando el género á que pertenece, supo apreciar sus bellezas y llamó al autor tres veces á la escena, aplaudiendo á la estudiosa Cándida Dardalla y á su esposo el Sr. Zamora que se distinguieron en su ejecucion.

Posteriormente se ha estrenado en este teatro otra obra escrita por D. Juan Alba: titúlase *La venganza de Catana*, y es una parodia ingeniosa del famoso drama *Venganza catalana*, que escita constantemente la hilaridad de los espectadores.

UNA MADRE DE FAMILIA.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

TRAGES DE OTOÑO.

FIG. 1.^a *Trage de recibir* Vestido de tafetan color de flor de malva; la parte inferior de la falda está adornada por tres volantitos tableados que forman ondas: cada una de estas, está sujeta por una escarapela de cinta del mismo color, de la que descienden cuatro bucles ó lazadas de la misma cinta, de las cuales dos son mas largas que las otras.

Cuerpo formando faldones por detrás guarnecidos de tres volantitos y chaleco por delante: el último de los volantes prosigue formando chaqueta figaro en el delantero; el talle está señalado bastante alto por una escarapela sin caidas.

Mangas ajustadas, formando ondas en la costura del codo, y estas guarnecidas de un volantito: otro igual adorna la pegadura y la parte inferior de la manga: en el centro de cada una de las ondas se coloca una pequeña escarapela.

Cuello y mangas interiores con anchos puños de tela lisa.

Cofia-redecilla de guipure blanco, guarnecida de encaje, y adornada sobre la frente con algunas lazadas de cinta color de flor de malva.

Este traje es muy lindo para señora joven, y muy propio para recibir, segun ya queda dicho, para convite y para teatro; su precio es muy moderado, pues hay tafetan ó glasé sencillo del mas lindo efecto, costando tambien poco el adorno, en el que no entran las caras pasamanerías ni los ruinosos encajes.

Una señorita podrá usarlo tambien para vestir con esmero, pues nada hay que armonice con la juventud como la sencillez: en tal caso deberá reemplazarse la redecilla de guipure, con una de seda muy fina del mismo color del traje, y adornada por las mismas lazadas de cinta.

FIG. 2.^a—*Trage de paseo*: vestido de foulard color de maiz: la falda está adornada por una franja de felpilla, que forma ondas bastante grandes. El cuerpo está reemplazado por una camiseta de muselina blanca, sobre la cual se pone una chaquetilla figaro como la falda, adornada por otra franja de felpilla mucho mas pequeña que la de aquella: mangas casi ajustadas con jokey formado por una franja de felpilla que adorna tambien la costura del codo.

Albornoz argelino, de la tela del vestido, adornado por una franja de felpilla, y por borlas tambien de felpilla.

Sombrero muy pequeño, con ala de crespon verde bullonada, adornada de encaje negro y de rosas blancas con follage: el fondo de este sombrero está reemplazado por una redecilla de tul negro con florecitas, atravesado por dos cintas verdes que sostienen una rama de rosas blancas: el ala está guarnecida por delante con una guirnalda de yedra y violetas: el interior está adornado por un bullonado de tul blanco.

Guantes grises y sombrilla verde.

Creemos que este traje es exclusivamente para señorita, por sus colores, y sobre todo por el gracioso sombrero que forma parte de él: solo á una joven le es dado adornarse con yedra y rosas blancas: suprimido el albornoz y el sombrero, es tambien muy lindo para recibir, y con estos últimos para hacer á pié alguna de esas visitas de tarde que son tan agradables porque se hacen á la amistad y á la confianza, y en las cuales las jóvenes se confían esos secretillos que son la desesperacion del sexo fuerte, y que esto no puede penetrar.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSE MARCO.